

Trinidad Tortosa (ed.) (2024): I, *La novela arqueológica o la ensoñación de la realidad* (s. XVIII-XXI), *Estudios de Ricardo Olmos*; II, *De relatos, sortilegios y mujeres*; III, *Austin Henry Layard y las antigüedades de Nínive*, Jesusa Vega; y IV, *Viajes por el Mediterráneo*, Instituto de Arqueología, CSIC-Junta de Extremadura, Mérida.

Estos cuatro volúmenes, publicados en cuidadísimo, artístico, formato electrónico, constituyen el pelotón de salida de una colección que se echaba de menos y a la que cabe augurar logros apasionantes. Forman, de hecho, la primera aproximación a un repertorio inmenso y caleidoscópico no solo de «novelas», es decir, de escritos de ficción literaria, sino también de biografías, a veces desmesuradas, obsesiones personales y colectivas, viajes, ideas, políticas, materia periodística, iconografías, mapas y planos, óperas, películas, exposiciones, museos, etc., que, desde el relevante espacio que ocupan en el abigarrado escaparate de la historia de la arqueología, siguen ejerciendo fascinación sobre un sinfín de aficionados a echarse a soñar (a todas las edades, empezando por las infantiles) ante cualquier vislumbre de ruinas, criptas e inscripciones misteriosas. Mejor si sobre ellas se acumulan dosis adecuadas de polvo y telarañas. Cabe presumir que los volúmenes futuros se abrirán también al videojuego, los parques temáticos, las exposiciones inmersivas y otros formatos más o menos novedosos de reciclaje de esta pasión.

Es sabido que en el despertar de la vocación de no pocos arqueólogos e historiadores, y de muchísimos que se quedaron en aspirantes y aficionados, así como en el hechizo, más vago, que millones de personas sienten por las arquitecturas en ruinas, operaron estas literaturas y artes. Más seductoras, la mayoría de ellas, cuanto más desenfocadas, triviales y mentirosas: no cabe duda de que a las tramo-
yas disparatadas de la *Aida* de Verdi, de *Intolerancia* de Griffith o del *Indiana Jones* de Spielberg les respalda tan poca legitimidad histórica como sobrecarga de bisutería. Ello insta a la discusión de si la ensoñación arqueológica ha jugado y juega más a favor (puesto que por lo menos entretiene ocios y despierta sensibilidades,

y hasta alguna vocación) o si va más en contra de la arqueología más comprometida, responsable, científica.

Se desprende de esta colección de libros que el ilusionismo arqueológico se quedó en sentimentalismo e inocuidad mientras se mantuvo en el reducto de la novela y de las demás artes. Pero que tuvo efectos catastróficos cuando alentó el pillaje y la destrucción que perpetraron, en marcos crudamente imperialistas y coloniales, unas hordas de desalmados disfrazados de excavadores arqueólogos que buscaron, a costa de la destrucción de las culturas ajenas, subirse al podio de las épicas propias.

Es el libro (el tercero de la serie) de Jesusa Vega el que se muestra más resueltamente crítico, seguramente porque es el de mayor extensión y desahogo, y porque se dedica a seguir los pasos de un personaje de carne y hueso (aunque su vida pareciera una novela) y no de un personaje de ficción. Absolutamente desmitificador y descolonizador es, en efecto, su acercamiento al famoso Austen Henry Layard, el (si cabe llamarlo así) arqueólogo que inspiró el personaje de ficción de Indiana Jones, que a mediados del siglo XIX se dedicó a destrozar yacimientos del actual Iraq, para enviar los pedazos más espectaculares a Gran Bretaña. Allí fueron el reclamo de exposiciones extravagantes y quedaron al final repartidas entre el Museo Británico, las vitrinas de los políticos y potentados que recibieron muestras de regalo, y los catálogos de los anticuarios. Para Vega (III, 35), «la salvaguarda del arte fue la coartada ética para justificar la leva de la riqueza cultural. Layard no es otra cosa que un depredador a la caza del patrimonio artístico, un burlador que sacó ventaja de la ignorancia, la pobreza y la avaricia de los locales». La ignorancia y la insensibilidad del británico no obraron solo el destrozo de todo aquello que fue capaz de robar, sino también de lo que no pudo llevarse, porque, denuncia Vega:

Otro de los grandes perjuicios provocados por el modo en que se hizo la excavación, a través de trincheras y túneles abiertos siguiendo los muros decorados para localizar las piezas y sacarlas, es que no se tuvo una idea de conjunto del yacimiento. En otras palabras, desde un comienzo tanto los relieves como las esculturas de bulto redondo se vieron como obras de arte individuales y no como elementos integrantes de un conjunto donde cada elemento tenía su lugar y significado (III, 39).

La misma ensayista (III, 35-36) va más allá y recalca, en sintonía con otras voces autorizadas, el nexo que une los estragos causados en los yacimientos de Iraq por la arqueología colonial británica y los perpetrados en 2003 por los bombardeos de la coalición militar liderada por los Estados Unidos que destruyeron, en el mismo sufrido país, museos y yacimientos arqueológicos sin parangón.

No estará de más recordar que no dejó de pugnar España, aunque sin invertir los esfuerzos ni recoger despojos tan espectaculares como los que se llevaron británicos, franceses y alemanes, por las migas del expolio. De la expedición a Oriente

(animada por don Juan Valera y por Práxedes Mateo Sagasta, y evocada en estos libros: I, 23, 43; II, 85-86; III, 18) de la fragata Arapiles en 1871, comisionada para hacerse con antigüedades malbaratadas en el mercado (hasta que se agotaron los recursos en Egipto y tocó regresar con más pena que gloria), quedó este relato que hoy causa sonrojo, y que debemos al marino Vicente Moreno de la Tejera:

Resolvimos dejar grabada en los mármoles del friso una inscripción tan sencilla como llena de encanto para nosotros. Las sombras de los héroes que inmortalizaron el nombre de Atenas perdonarán nuestra osadía, que ellos también sintieron arder en su pecho el fuego del amor patrio. En la fachada del Partenón que da vista al mar, sobre uno de los mármoles del friso, próximo al ángulo izquierdo, podrá hoy leerse la siguiente inscripción: FRAGATA ARAPILES. —1871. —VIVA ESPAÑA.

Un agudo análisis de estos desmanes puede ser leído en Josemi Lorenzo Arribas, «Grafitos históricos (109). Sufridas ruinas», *Rinconete* del Centro Virtual Cervantes, 7 de abril de 2022.

Por suerte, no todos los españoles sensibles a la arqueología fueron tan desconsiderados. Mirar y admirar eran los únicos alicientes con que tentó un amigo británico a Antonio Machado y Álvarez, Demófilo, el padre de la antropología española y de los poetas Machado (e intelectual más inconformista y menos mundano que Valera), cuando le escribió: «usted sabe perfectamente, y tendrá la ocasión de comprobarlo este verano cuando venga conmigo a Londres y visitemos juntos los museos, que las esculturas asirias acreditan que era uso en los antiguos dioses del Oriente pisotear a los vencidos». Son palabras sacadas del artículo de Demófilo, «A los pies de usted», publicado en *La Justicia*, 3 de mayo de 1888, que corroboran el gancho turístico internacional que tenía la arqueología trasplantada por Layard a la capital de su imperio.

Se mueven estos cuatro primeros volúmenes de *La novela arqueológica o la ensoñación de la realidad (s. XVIII-XXI)*, en fin, entre la crónica de las literaturas y las artes que se limitaron a pintar ruinas o a imaginar (con más sensiblería que purismo) cómo habrían sido las vidas que alguna vez acogieron, y la denuncia del colonialismo (y del poscolonialismo de hoy) imperialistas y rapiñadores que dieron coartada sociopolítica a su expolio.

Habrà que estar atentos a entre qué polos se mueven las entregas futuras de la serie. Se cuenta, por el momento, con el paralelo y con la guía eventual de la antropología de hoy, que lleva ya tiempo emitiendo juicios descalificadores de la antropología aplicada en marcos imperiales y coloniales. Y también con el de la teoría literaria y la literatura comparada, que desde la publicación en 1978 de *Orientalism*, de Edward W. Said, ha sacado a la luz pruebas profusas y demoledoras de que el vistoso Oriente que cundió en la imaginación occidental a partir del siglo XVIII tuvo

menos de simpático ensueño que de pesadilla que dejó muchísimas víctimas: entre ellas la verdad, la ciencia y los paisajes destruidos de las poblaciones despojadas.

Por el momento, y en otro orden de cosas, los enfoques y materias ya publicados en esta serie de *La novela arqueológica o la ensoñación de la realidad* logran acogerse, en su composición, a un equilibrio nada fácil, dada la heterogeneidad inherente a toda empresa intelectual y editorial colectiva. Los volúmenes I y III, de autoría individual, se ven eficazmente contrapesados por los volúmenes II y IV, que son compilaciones de trabajos de varios autores.

La reedición de ocho documentadísimos e inspirados trabajos de Ricardo Olmos, el maestro y primer arquitecto, en la década de 1990 y en el arranque de la siguiente, de los estudios españoles sobre «arqueología soñada» y sobre «novela arqueológica», ocupan el primer volumen. Sus títulos son: «Una mirada a la novela arqueológica de raíz decimonónica», «La reconstrucción de Pompeya, Bulwer-Lytton y William Gell, recreadores de la luz y de la vida», «Una noche en Pompeya de José Ramón Mélida», «El golpe en Vago de D. José García de Villalta», «Freud, Jung y W. Jensen. Fragmentos, psicoanálisis, metáforas y formas de narrar la arqueología», «La arqueología y el paisaje del Bierzo en los escritores ilustrados románticos», «*De Madrid a Nápoles* de Pedro Antonio de Alarcón. El relato del viaje y la mundanización de la arqueología» y «La ciudad antigua en la ficción literaria del siglo XIX». Los trabajos de Olmos son introducidos por un muy enjundioso ensayo de Trinidad Tortosa que, antes de apuntar hacia el horizonte futuro al que es de desear que ponga rumbo esta colección, se fija en el «Origen y evolución del proyecto», «Ricardo Olmos y su *arqueología soñada*», «De literatos e historiadores: Vicente Blasco Ibáñez, José Ramón Mélida Alinari, Manuel Gómez-Moreno», «La arqueología como fuente de ensoñación y reconstrucción: las excavaciones del siglo XVIII en Pompeya y Herculano», «El trasiego entre Oriente y Occidente: de viajes, viajeros y piezas arqueológicas» y «La difusión de la arqueología europea en el siglo XIX. Otros apuntes».

El volumen III, *Austen Henry Layard y las antigüedades de Nínive: entre el pasado, la realidad y el ensueño*, es obra de Jesusa Vega, quien, tras una presentación maestra de Ricardo Olmos, profundiza en las cuestiones de «Austen Henry Layard y el relato de su hazaña: de héroe de la arqueología a fenómeno cultural», «La cambiante imagen de Nínive en Gran Bretaña en el siglo XIX», y «Layard en Madrid: antigüedades, diplomacia y sociabilidad». Es este el único ensayo de un solo autor que ha salido hasta ahora en la colección: los demás volúmenes son, en esencia, compilaciones de artículos, de un autor o de varios. El resultado del libro de Vega es una obra sobresaliente de la bibliografía española no solo de historia del arte, sino también de sociología y literatura comparadas.

En el misceláneo volumen II (*De relatos, sortilegios y mujeres*) se dan cita, tras la «Introducción: escenarios de la novela arqueológica» de Trinidad Tortosa, trabajos de Ricardo Olmos, «Pompeya y Herculano en la ficción literaria del siglo XIX»;

Jorge García Cardiel, «*El Viaje del joven Anacarsis*: periplo de un escita entre la Grecia clásica y la Francia revolucionaria» y «*La Sabina* de Böttiger: la construcción de una dama romana a comienzos de la contemporaneidad»; Miguel Ángel Molinero Molinero Polo, «*El sortilegio de Karnak* de J. R. Mélida e I. López: ópera, pintura historicista y los precedentes de la Egiptología española»; Mari Cruz Cardete, «*Tais* de Anatole France»; Margarita Moreno, «*La Afrodita* de Pierre Louÿs o la cartografía del deseo»; y Lucio Benedetti, «*La danseuse de Pompéi* de Jean Bertheroy. Breve storia di un caso letterario».

Y en el también heteróclito volumen iv (*Viajes por el Mediterráneo*) encontramos estos trabajos: «Los dibujos de John Flaxman: Homero y el Mediterráneo» de J. Santiago González; «Las *búsquedas* a través de Heinrich Schliemann y Victor Bérard del paisaje a través de la *Odisea*» de Trinidad Tortosa; «Excavar en Delos: Pierre Paris y la exhumación de una “pequeña Pompeya delia”» de Grégory Reimond; «Una cápsula en el tiempo. El bronce viajero del Instituto de Valencia de Don Juan» de Margarita Moreno y Raimon Graells; «Cuando solo nos queda la imagen. Apuntes sobre la documentación gráfica del relieve de la Albufereta (Alicante)» de J. Santiago González; «Gérard de Nerval, *El Cairo (Viaje a Oriente, I)*» y «Charles de Baudelaire (1821-1867) y su prosa poética» de Susana Cantero; y «Tutankhamon en Creta!!!» de Álvaro Martínez Novillo.

Salta a la vista la variedad, aunque sujeta a marcos coherentes de cronología, espacio y repertorio cultural, de autores, enfoques, títulos, temas. Dentro de pautas de elevada calidad académica que dan fe del abismo que, por fortuna, separa el bien fraguado pensamiento arqueológico de hoy de las ensoñaciones, falsificaciones y ansias predatorias del pasado.

En el plano editorial, estamos ante libros de gran refinamiento, en los que deslumbran centenares de ilustraciones tan hermosas y sugestivas como oportunamente convocadas, que harán las delicias no solo de los profesionales y especialistas, sino también del amplísimo público de los aficionados. Muchas de ellas están sacadas de fuentes muy ignotas, y son desplegadas por primera vez ante el público hispanohablante.

Tantos esfuerzos sumados han ido a dar, en fin, en uno de los proyectos académicos más necesarios y felices, y más generosos (puesto que todos los libros son de descarga abierta y gratuita) entre los que, en el terreno de las humanidades, se desarrollan hoy en España.

José Manuel Pedrosa